

Peter Handke

La repetición

Traducción de Eustaquio Barjau



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Die Wiederholung*

Primera edición: 1991

Segunda edición, con traducción revisada: 2018

Primera reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Susana Vicente Galende

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main 1986. Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlín

© de la traducción: Eustaquio Barjau, 1991, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1991, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-028-5

Depósito legal: M. 259-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 I. La ventana ciega
- 97 II. Los pastizales desiertos
- 213 III. La Sabana de la Libertad y el Noveno País

Los reyes de los primeros tiempos han
muerto, no encontraron su comida.

El Zohar

A veces estaba yo con éstos, a veces con
aquéllos.

EPICARMO

... laboraverimus

COLUMELA

I. La ventana ciega

Ha pasado un cuarto de siglo, o un día, desde que, siguiendo las huellas de mi hermano, que había desaparecido, llegué a Jesenice. Yo todavía no tenía veinte años y acababa de pasar el último examen en la escuela. En realidad hubiera podido sentirme liberado, porque, después de las semanas de estudio, se abrían ante mí las perspectivas de los meses de verano. Pero salí de viaje con el corazón dividido: en casa, en Rinckenberg, quedaban el padre, anciano, la madre, enferma, y mi hermana, perturbada mental. Además el último año, libre ya del internado religioso, me había integrado bien en la clase de la escuela de Klängenfurt y me sentía a gusto en aquel grupo, formado en su mayoría por muchachas; y ahora, de repente me encontraba solo. Mientras los otros subían en grupo al autobús que iba a llevarlos a Grecia, yo hacía el papel de hombre solitario que quería ir por su cuenta a Yugoslavia. (La realidad era que para el viaje

con el grupo lo único que me faltaba era el dinero.) A esto se añadía que yo no había estado nunca fuera de mi país y que no dominaba muy bien el esloveno, por mucho que, para uno que vivía en un pueblo del sur de Carintia, tal lengua no fuera un idioma extranjero.

Naturalmente, el policía de frontera de Jesenice, después de echar una ojeada a mi pasaporte austríaco —recién expedido—, se dirigió a mí en su lengua. Al ver que yo no le entendía, dijo, en alemán, que, sin embargo, Kobal era un nombre eslavo, que «Kobal» significaba el espacio que hay entre las piernas completamente abiertas de una persona, el «paso», y también un hombre de pie con las piernas abiertas. Que por tanto mi nombre iba más con él, el soldado. El funcionario que estaba con él, un hombre de más edad, vestido de civil, de pelo canoso y con gafas de erudito, de cristales redondos y sin montura, explicó con una sonrisa que el verbo correspondiente a este sustantivo significaba «trepar» o «cabalgar», así que mi nombre de pila —Filip, el amante de los caballos— se avenía muy bien con el de Kobal; que a ver si alguna vez hacía honor a mi nombre. (En un país como éste, que se llama progresista y que antaño formó parte de un gran imperio, en bastantes ocasiones, más adelante, me he encontrado con funcionarios que mostraban una sorprendente cultura.) De repente se puso serio, avanzó un paso y me miró a los ojos con aire de solemnidad: que tenía que saber que aquí, en este país, hacía un cuarto de milenio había vivido un héroe popular que se llamaba Kobal; que en el año mil setecientos trece había sido el cabecilla de la revuelta campesina de Tolmin y que al año siguiente fue ejecutado junto con sus compa-

ñeros. Que de él era la frase, famosa aún en la república de Eslovenia por su «desvergüenza» y su osadía, que dice que el emperador no es más que un «servidor» y que la gente se iba a ocupar de sus propios asuntos. Aleccionado de este modo –una lección que yo ya sabía–, con el saco de viaje colgado al hombro, sin tener que enseñar el dinero que llevaba, pude salir de la oscura estación fronteriza para entrar en la ciudad del norte de Yugoslavia, que por aquel entonces, en los mapas de la escuela, junto a Jesenice, llevaba entre paréntesis el antiguo nombre austríaco de Assling.

Estuve un rato delante de la estación, con la cordillera de los Karawanken muy cerca, a mi espalda, una sierra que hasta entonces, durante toda mi vida, había tenido ante mis ojos, muy lejos. La ciudad empieza justo a la salida del túnel y se extiende por el angosto valle fluvial; por encima de sus flancos, una franja de cielo que se prolonga hacia el sur y al mismo tiempo queda envuelta por el humo de las industrias siderúrgicas; una localidad muy alargada, con una calle muy ruidosa desde la cual, a derecha e izquierda, a modo de ramificaciones, salen únicamente caminos empinados. Era una tarde calurosa de finales de junio de 1960 y del pavimento de la calle salía una claridad literalmente cegadora. Me di cuenta de que la oscuridad del interior del vestíbulo, donde estaban las taquillas, provenía de los autobuses que, en rápida sucesión, se paraban delante de la gran puerta y volvían a emprender la marcha. Era curioso cómo el gris general, el gris de las casas, de la calle, de los vehículos, al contrario completamente de lo que ocurría con los colores de las ciudades de Carintia, que en la vecina Eslovenia –una

copla del siglo XIX— lleva el sobrenombre de «la bella», a la luz del atardecer provocaba una sensación agradable a mis ojos. En medio de los trenes yugoslavos, macizos y polvorientos, el tren austríaco de cercanías en el que yo había llegado, y que iba a dar la vuelta inmediatamente y a pasar otra vez por el túnel, allí detrás, en las vías, limpio y pintado de colores, daba la impresión de ser un tren de juguete, y los uniformes azules de los empleados que lo conducían, conversando ruidosamente en el andén, formaban una mancha extraña en aquel paisaje. Llamaba también la atención que, a diferencia de lo que ocurría en las ciudades pequeñas de mi país, en ésta, que era más bien pequeña, los grupos de personas que circulaban por la calle, si bien advertían de vez en cuando mi presencia, jamás se paraban a mirarme, y cuanto más tiempo llevaba yo allí, más seguro estaba de encontrarme en un gran país.

Qué lejos parecía en estos momentos, y apenas habían pasado unas pocas horas, la tarde de Villach, donde había ido a ver a mi profesor de Geografía e Historia. Habíamos estado sopesando las posibilidades que se me ofrecían para el otoño: ¿empezaría sin más el servicio militar o bien pediría una prórroga y comenzaría una carrera?, ¿y qué carrera? En un parque mi profesor me había leído uno de los cuentos que había escrito, me había pedido mi opinión y había escuchado mis palabras con una cara que revelaba una enorme seriedad. Era soltero y vivía solo con su madre, que durante el tiempo que permanecí con él, una y otra vez, desde detrás de la puerta, que estaba cerrada, estuvo preguntando a su hijo cómo se encontraba y si quería algo. Me acompañó a la

estación y allí, a escondidas, como si se sintiera observado, me metió un billete en el bolsillo. Aunque se lo agradecí mucho, no se lo pude demostrar, y aún ahora, al imaginarme al hombre que estaba al otro lado de la frontera, no veía más que una verruga en una frente pálida. La cara que correspondía a esta frente era la de un soldado de frontera apenas mayor que yo y que, no obstante, a juzgar por su actitud, su voz y su mirada, había encontrado ya de un modo inequívoco su sitio. Del profesor, de su casa y de toda la ciudad no me quedaba otra imagen que la de los jubilados jugando al ajedrez en una mesa, a la sombra de los arbolillos del parque, y el brillo de una corona de rayos sobre la cabeza de una estatua de la Virgen que estaba en la Plaza Mayor.

Sin embargo –en un presente perfecto que aún hoy, después de venticinco años, se convierte otra vez en un presente total–, pensé en la mañana del mismo día, en la despedida del padre, en la colina boscosa de la cual toma su nombre el pueblo de Rinckenberg. Aquel hombre entrado en años, flaco y enjuto, mucho más bajo que yo, con las rodillas dobladas, los brazos colgando y los dedos deformados por la artrosis, que en este momento se cerraban en un puño iracundo, estaba en el cruce de caminos y me gritaba: «¡Fracasa, como ha fracasado tu hermano y como fracasan todos los de nuestra familia! ¡Ninguno ha llegado a ser nada, ni tú llegarás nunca a ser nada! ¡Ni siquiera llegarás a ser un buen jugador como he sido yo!». Al decir esto acababa de abrazarme por primera vez en su vida, y yo, por encima de su hombro, miré sus pantalones mojados por el rocío, con la impresión de que abrazándome se había abrazado a sí mismo.

Sin embargo, más tarde, en mi recuerdo me sentí sostenido por el abrazo de mi padre, no sólo aquella tarde, ante la estación de Jesenice, sino también a lo largo de los años, y las palabras con las que me maldijo las oía yo como una bendición. En realidad él tenía la tristeza de la muerte y en mi imaginación lo veía yo esbozando una sonrisa. Que su abrazo me sostenga también a lo largo de este relato.

De pie a la luz del crepúsculo, en medio del ruido atornador del tráfico, que yo sentía como algo muy agradable, pensaba yo de qué modo, en contraposición con lo que había ocurrido con el abrazo de mi padre, hasta ahora nunca me había sentido sostenido en el abrazo de una mujer. No tenía ninguna amiga. Cada vez que la única muchacha que, por así decirlo, conocía me tomaba en sus brazos, yo experimentaba aquello más bien como una travesura o como una apuesta. Sin embargo, ¡qué orgullo ir por la calle con ella, a cierta distancia el uno del otro, cuando, de un modo evidente para los que venían en dirección contraria, formábamos una pareja! En cierta ocasión, de un grupo de personas, casi niños, que vagaban por la calle se oyó este grito: «¡Vaya amiga tienes *tú!*, ¡qué guapa es!». Y en otra ocasión, una vieja se detuvo, miró a la muchacha, me miró a mí y dijo literalmente: «¡Qué suerte tiene usted!». En aquellos momentos el anhelo parecía ya cumplido. Delicia de ver luego junto a uno, a la luz cambiante de un cine, el perfil destellante, la boca, la mejilla, el ojo. Lo mejor era el leve cuerpo-a-cuerpo que de vez en cuando se producía de un modo involuntario; un simple contacto fortuito hu-

biera tenido allí el efecto de una transgresión. Según esto, ¿no tenía yo una amiga? Porque ocurría que para mí el hecho de pensar en una mujer no era apetito carnal o concupiscencia, sino sólo la imagen ideal de una persona hermosa que estuviera frente a mí —¡sí, quien estuviera frente a mí tenía que ser una persona hermosa!— y a quien al fin pudiera contarle algo. ¿Contar qué? Simplemente contar, nada más. En la mente de aquel muchacho de veinte años el hecho de caer-uno-en-brazos-del-otro, de gustarse el uno al otro, de amar, era un relato continuado, tan protector como incondicional, tan tranquilo como parecido al grito; un relato esclarecedor, iluminador; y entonces le venía a la mente su madre, que siempre que él había estado fuera de casa por mucho tiempo, en la ciudad, o solo en el bosque o en los campos, venía inmediatamente a importunarle con su «¡cuéntame!». Y en estos casos, por lo menos antes de estar ella enferma, nunca consiguió contarle nada, a pesar de los continuos ensayos que había estado haciendo antes; sólo conseguía contar alguna cosa si no se lo pedían —aunque luego necesitaba que durante el relato le fueran haciendo las preguntas adecuadas.

Y ahora, delante de la estación, descubría que desde que llegué le estaba contando a mi amiga en silencio aquel día. ¿Y qué le estaba contando? Ni incidentes, ni acontecimientos especiales, sino simplemente las cosas que ocurrían, o incluso una simple mirada, un ruido, un olor. Y el chorro del pequeño surtidor que estaba al otro lado de la calle, el color rojo del kiosco de periódicos, el vapor de la gasolina de los camiones: mientras yo las contaba en silencio, estas cosas ya no se quedaban en sí

mismas, sino que jugaban a meterse unas dentro de otras. Y el que estaba allí contando no era yo, en absoluto, sino esto, la experiencia misma de estas cosas. Y este narrador silencioso, en lo más hondo de mí mismo, era algo que era más que yo. Y la muchacha a la que iba dirigido su relato, sin envejecer, se iba transformando en una joven, del mismo modo como el muchacho de veinte años, a medida que el narrador cobraba conciencia de sí mismo, se iba transformando en un adulto sin edad. Y estábamos el uno frente al otro, los ojos frente a los ojos. ¡Y la altura de los ojos era la medida del relato! Y sentía en mí la más tierna de las fuerzas. Y ella me decía: «¡Salta!».

En el cielo amarillento de las fábricas de Jesenice apareció una estrella; ella sola formaba una constelación; y abajo, a través del humo de las calles, pasaba una luciérnaga. Dos vagones entrechocaban. En el supermercado los cajeros eran sustituidos por las mujeres de la limpieza. Junto a la ventana de una gran casa de muchos pisos se veía a un hombre en camiseta fumando.

Agotado, como después de un esfuerzo, estuve en el bar de la estación hasta casi la medianoche, al lado de una botella de la bebida dulce y oscura que en Yugoslavia sustituía entonces a la Coca-Cola. Al mismo tiempo estaba completamente despierto, a diferencia de lo que me ocurría en mi país por las noches, donde, tanto en el pueblo como en el internado o en la ciudad, interrumpía todas las reuniones con mi sueño. En el único baile al que me llevaron me quedé dormido con los ojos abiertos, y todos los años, en la Nochevieja, mi padre, jugando a las cartas, intentaba inutilmente que yo no me fuera

a la cama. Creo que lo que me mantenía despierto no era sólo el país extranjero, sino el comedor; es muy probable que en una sala de espera me hubiera entrado sueño enseguida.

Estaba sentado en una de las hornacinas revestidas de madera marrón que tenían algo de sitial de coro; delante de mí, los andenes, luminosos, alineándose hasta muy atrás, y a mi espalda la carretera, iluminada también, con bloques de casas. Autobuses llenos, trenes llenos seguían circulando de un lado para otro. Yo no veía los rostros de los pasajeros, sólo las siluetas, pero estas siluetas las observaba yo a través de un rostro reflejado en las paredes de cristal, un rostro que era el mío. Con ayuda de esta copia, en la que no se me veía con detalle –sólo la frente, las órbitas de los ojos, los labios–, podía soñar con las siluetas, no sólo las de los pasajeros, sino también las de los que vivían en aquella casa de tantos pisos, y verles cómo se movían por las habitaciones o estaban, aquí y allí, sentados en los balcones. Era un sueño ligero, luminoso, nítido, en el que yo pensaba cosas amables de todas aquellas figuras negras. Ninguna de ellas era mala. Los viejos eran viejos, las parejas eran parejas, los niños eran niños, los solitarios eran solitarios, los animales domésticos eran animales domésticos, cada uno parte de un todo, y yo, con mi imagen reflejada en la pared de cristal, pertenecía a este pueblo, un pueblo que yo imaginaba en una marcha ininterrumpida, pacífica, aventurera, relajada, a través de una noche en la que se había hecho entrar también a los que dormían, a los enfermos, a los moribundos e incluso a los muertos. Me erguí y quise tomar conciencia de este sueño. Lo único que lo per-

turbaba era el enorme retrato del Jefe del Estado, que colgaba justo en el centro de la habitación, sobre el mostrador. Se veía muy claramente al mariscal Tito, con su uniforme adornado con galones y del que colgaban medallas. Estaba de pie, inclinado hacia delante junto a una mesa en la que se apoyaba con su puño cerrado y, desde allí arriba, con ojos fijos y brillantes, me miraba. Le oía decir literalmente: «¡Yo a ti te conozco!», y yo quería contestar: «Pero yo a mí no me conozco».

La ensoñación continuó hasta que, detrás del mostrador, en la triste iluminación, apareció la camarera, con un rostro sombrío en el que lo único claro eran los párpados, que incluso cuando ella miraba al frente cubrían casi por completo los ojos. Al observar estos párpados, de repente, de un modo a la vez fantasmal y corpóreo, vi a mi madre moverse ante mí. Metía los platos en el lavavajillas, pinchaba la cuenta de la tienda, pasaba un paño por el cobre; un miedo sin nombre cuando por un momento me alcanzó su mirada, burlona, impenetrable; un miedo que era más bien una sacudida, un tirón hacia un sueño mayor. En éste la enferma volvía a estar sana, saltarina, disfrazada de camarera, recorría el bar entero con todos sus compartimentos, y desde dentro de sus zapatos de camarera –altos, abiertos por detrás– brillaban sus talones, blancos, redondos. Qué piernas tan robustas tenía mi madre, qué movimiento de caderas, qué mata de pelo. Y aunque, a diferencia de la mayoría de las mujeres del pueblo, sólo sabía cuatro palabras de esloveno, aquí, en una conversación con un grupo invisible de hombres que estaban en la hornacina de al lado, lo hablaba con toda naturalidad, en un tono casi arrogante. No era pues

la expósita, la fugitiva, la alemana, la extranjera por la que siempre se había hecho pasar. Por unos momentos, el muchacho de veinte años se avergonzaba de que esta persona, con sus movimientos especiales, con su habla musical, su risa estentórea, sus rápidas miradas, fuera su madre, y a aquella mujer extranjera la veía con más detalle que nunca: es más, hasta hacía muy poco la madre había hablado con una voz cantarina como ésta, y así que empezaba a cantar de verdad, al hijo le entraban ganas de taparse los oídos. De cualquier coro, por grande que fuera, se oía inmediatamente la voz de la madre sobresaliendo por encima de las demás: un temblor, unas convulsiones, una resonancia apasionada y ardiente de la que la cantora estaba presa del todo, no así el que la escuchaba. Y su risa no era sólo una risa estentórea, sino literalmente salvaje, un grito, una explosión de alegría, de ira, de amargura, de desprecio, incluso de anuencia. Ya en los primeros dolores de su enfermedad, los gritos que daba sonaban como una risotada de sorpresa, entre divertida e indignada, una explosión de risa que, con el tiempo, cada vez más desvalida, intentaba disimular con los trinos de su canto. Me imaginaba las distintas voces de nuestra casa y oía al padre decir palabrotas, a la hermana murmurar monólogos entre risas contenidas y llantos y a la madre reírse de un extremo al otro del pueblo —y Rinkenberg era un pueblo largo—. (A mí mismo, en estas fantasías, me veía mudo.) De esta manera me daba cuenta de que mi madre actuaba no sólo de una forma autoritaria, como ahora la camarera, sino como si fuera realmente la dueña. Siempre había querido llevar un gran hotel, con los criados como súbditos. Nuestra hacienda era

pequeña y sus pretensiones eran grandes: en lo que contaba sobre mi hermano, éste aparecía como el rey a quien le han quitado el trono.

Y para ella yo era el que, por derecho, tenía que sucederle en este trono. Y al mismo tiempo ella desde el principio ponía en duda que yo llegara a lograrlo. De vez en cuando, al poner los ojos sobre mí, su mirada se petrificaba en una compasión que no tenía el más mínimo asomo de piedad. La verdad es que hasta el momento siempre había habido alguien que hiciera mi descripción, un sacerdote, un profesor, una muchacha, un amigo de colegio: sin embargo, con aquellas miradas mudas de mi madre yo me sentía descrito de un modo tal, que notaba que con ellas no sólo me describía, sino que me condenaba. Y estoy seguro de que no empezó a mirarme así con el tiempo, debido a las circunstancias externas, sino desde el momento mismo en que nací. Me levantó en brazos, me puso a la luz, se rió ladeando la cabeza y me condenó. Y del mismo modo, más tarde, para asegurarse, cogía al niño que perneaba por la hierba y que gritaba de gusto, lo levantaba al sol, se reía de él y volvía a condenarlo. Intenté pensar que antes, con el hermano y la hermana, había ocurrido algo semejante, pero no pude. Sólo yo le había arrancado aquel grito –que seguía generalmente a aquella mirada despiadada– :«¿Qué va a ser de nosotros dos?», un grito que en ocasiones dirigía también a un animal destinado al matadero. Es cierto que desde muy pronto tuve necesidad de que me miraran, de que se dieran cuenta de que yo existía, de que me describieran, de que me descubrieran... ¡pero no de esta manera! De qué modo me sentí descubierto, por ejemplo,